

Unidad 13:

El período de entreguerras

1. Introducción

Inmediatamente después de finalizar la Gran Guerra o Primera Guerra Mundial, Europa presentaba una situación general de crisis económica, política y social. El conflicto devastó las estructuras de las potencias europeas tradicionales, y fue también el contexto en el que tuvo lugar la Revolución bolchevique rusa de 1917, que supuso tanto una alternativa a los sistemas liberales como un referente para el movimiento obrero internacional, al configurarse el primer Estado socialista.

En contraste con el Viejo Continente, los Estados Unidos experimentaron un fuerte desarrollo económico en la década de 1920, reafirmando su condición de potencia mundial. Sin embargo, las bases de esos “felices años 20” saltaron por los aires con el hundimiento de Wall Street en 1929 y la consiguiente Gran Depresión.

La inestabilidad mundial derivada de esta crisis económica y la incapacidad de las democracias liberales para hacerle frente favorecerían el ascenso de regímenes autoritarios, como el fascismo en Italia y el nacionalsocialismo en Alemania, que ofrecieron respuestas radicales basadas en el orden, el nacionalismo y la intervención económica del Estado.

2. Los “felices años 20”

Tras la dura crisis de la inmediata posguerra (especialmente grave en el caso de Alemania, que sufrió una fortísima hiperinflación), a partir de 1924 se inició una etapa de recuperación económica y cierta estabilidad internacional que alimentó una sensación de optimismo generalizado. Esta percepción de prosperidad, especialmente visible en los Estados Unidos pero también presente en Europa, dio lugar a la expresión de los “**felices años 20**”. Sin embargo, bajo esa aparente bonanza se ocultaban importantes desequilibrios económicos que acabarían por hacer colapsar el sistema al final de la década.

2.1. La reconstrucción europea. El Plan Dawes y la “concordia ilusoria”

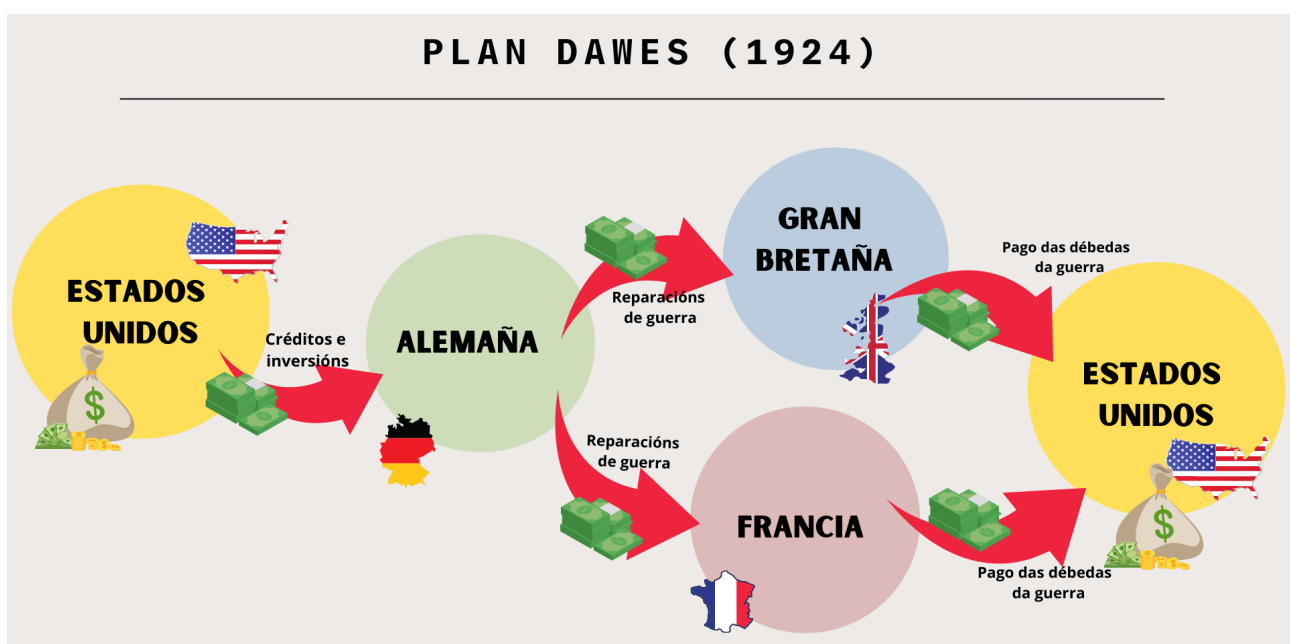
La recuperación económica europea estuvo estrechamente ligada al papel de los **Estados**

Unidos, que emergieron de la guerra como la principal potencia económica mundial. Su capacidad financiera les permitió convertirse en el gran prestamista internacional, especialmente a través del **Plan Dawes** (1924), que permitió reorganizar el sistema de pagos de las reparaciones de guerra alemanas.

Este mecanismo creó una especie de círculo financiero: los capitales estadounidenses llegaban a Alemania en forma de préstamos, Alemania los utilizaba para pagar las reparaciones a Francia y Gran Bretaña, y estas potencias devolvían a su vez sus deudas a los Estados Unidos. A corto plazo, el sistema favoreció la recuperación económica y estabilizó la moneda alemana, el marco, pero también hizo que toda la economía internacional dependiera del flujo de crédito estadounidense, lo que la convertía en un sistema extremadamente vulnerable.

Esta mejora económica tuvo su traducción en el ámbito político y diplomático, dando lugar a una etapa de distensión conocida como “**concordia ilusoria**”. La **Conferencia de Locarno**, celebrada en 1925 con el objetivo de solucionar los problemas surgidos del Tratado de Versalles y los restantes tratados de paz, simbolizó esta voluntad de entendimiento al garantizar las fronteras occidentales de Alemania. Asimismo, la entrada de este país en la **Sociedad de Naciones** en 1926 supuso su reintegración en la comunidad internacional, contribuyendo a la reducción de las tensiones previas. Este proceso culminó con el **Pacto Briand-Kellogg**, firmado en 1928 por 15 Estados que se comprometían a renunciar a la guerra como instrumento político.

No obstante, esta estabilidad era más aparente que real: no resolvía el resentimiento alemán ni las tensiones nacionalistas existentes en el Viejo Continente, y dependía en exceso de la continuidad de la prosperidad económica.



2.2. Las transformaciones sociales

La recuperación económica de los años veinte trajo consigo profundas transformaciones sociales, especialmente en los países más industrializados. Se consolidó una **sociedad de consumo** basada en la producción en masa y en la adquisición de bienes a través del crédito, lo que permitió a amplios sectores de la población acceder a productos que antes estaban reservados a las élites, como los automóviles o los electrodomésticos.

Este nuevo modelo de vida estuvo acompañado por la **expansión de los medios de comunicación de masas**, como el cine y la radio, que contribuyeron a difundir nuevos valores culturales y estilos de vida más modernos y urbanos. La **cultura del ocio**, la moda y la publicidad se convirtieron en elementos centrales de la vida cotidiana.

En este contexto también se produjeron **cambios significativos en la situación de la mujer**. La incorporación al mercado laboral y los avances en el derecho al voto (alcanzado en gran medida tras años de **lucha sufragista**) en diversos países favorecieron la aparición de un nuevo modelo femenino más independiente, simbolizado en la figura de la “flapper”. Aun así, estos cambios fueron desiguales y no eliminaron completamente las desigualdades de género existentes.



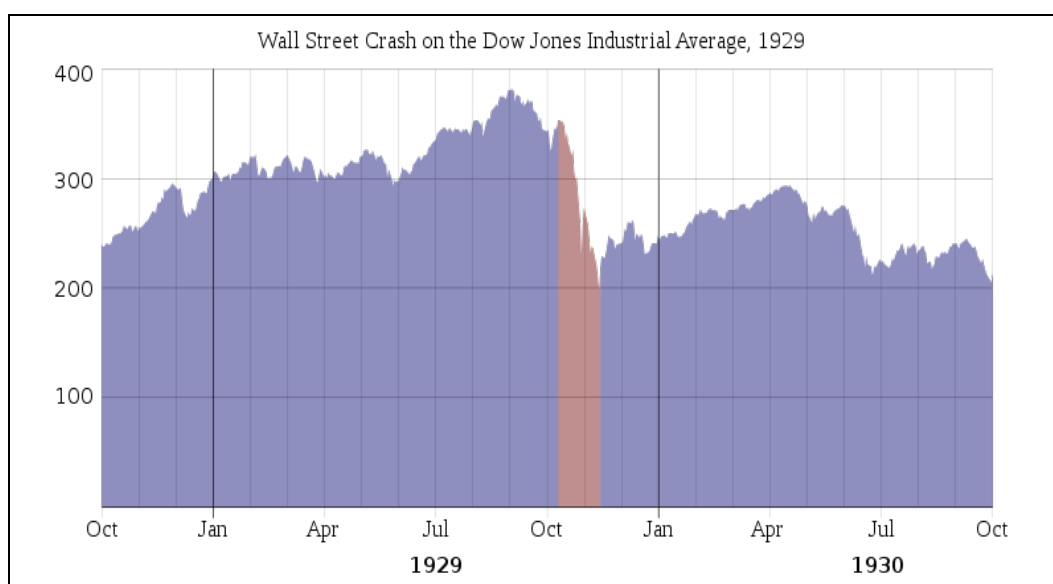
3. La crisis de 1929 y la Gran Depresión

La prosperidad de los años veinte se basaba en un crecimiento económico que, en realidad, presentaba importantes debilidades estructurales. La producción industrial y agrícola había aumentado de forma muy rápida gracias a las innovaciones técnicas y a la organización del trabajo, pero este crecimiento no iba acompañado de un incremento equivalente de la capacidad de consumo de la población. A esto se sumaba una fuerte desigualdad en la distribución de la riqueza, lo que

limitaba la demanda real. Paralelamente, el sistema financiero había crecido de manera descontrolada, alimentado por la especulación bursátil y la compra de acciones a crédito, lo que generaba una ilusión de riqueza ficticia.

4.1. La crisis de 1929

En este contexto, el detonante de la crisis o **“Crack del 29”** se produjo en la Bolsa de Wall Street, en Nueva York, en octubre de 1929. El miedo de los inversores a una caída de los precios llevó a una venta masiva de acciones, que culminó en el llamado **“Martes Negro” (29 de octubre)**, cuando el mercado colapsó completamente y los valores perdieron gran parte de su valor en pocas horas. Lo que inicialmente parecía una crisis financiera localizada se convirtió rápidamente en una crisis sistémica de larga duración, la llamada **Gran Depresión**.



A partir de ese momento, el pánico se extendió al conjunto de la economía. Los inversores que habían perdido sus ahorros en la Bolsa acudieron masivamente a los bancos para retirar sus depósitos, provocando una reacción en cadena que llevó a la quiebra de numerosas entidades financieras y a la pérdida de los ahorros de muchos particulares. La desaparición del crédito tuvo consecuencias inmediatas, ya que las empresas, que dependían de los préstamos para financiar su actividad, se vieron obligadas a reducir la producción o cerrar.

La caída del crédito y el hundimiento del sistema bancario provocaron una contracción general del consumo. Las industrias se encontraban con una producción que no podían vender, lo que agravó el problema de la sobreproducción y llevó al cierre de fábricas y al despido masivo de trabajadores. El paro aumentó de manera dramática, y este incremento del desempleo reducía aún más la demanda, generando un círculo vicioso del que resultaba muy difícil salir.

La crisis no tardó en adquirir una **dimensión internacional**. Las economías europeas, especialmente la alemana, dependían en gran medida de los créditos estadounidenses establecidos por el Plan Dawes. Cuando estos flujos financieros se interrumpieron, el sistema económico europeo entró también en crisis. Alemania fue uno de los países más afectados, lo que tuvo importantes consecuencias políticas, mientras que otras economías, como la británica o la francesa, también sufrieron una fuerte contracción.

Las **respuestas iniciales de los gobiernos** no hicieron más que empeorar la situación. Muchos países adoptaron políticas proteccionistas, elevando aranceles para proteger sus industrias nacionales, lo que provocó una caída del comercio internacional. Al mismo tiempo, se aplicaron políticas deflacionistas basadas en la reducción del gasto público, de los salarios y del crédito, como las impulsadas por el presidente estadounidense Herbert Hoover. Estas medidas, lejos de reactivar la economía, redujeron aún más la demanda y profundizaron la crisis.

Las **consecuencias sociales** de la Gran Depresión fueron devastadoras. El paro alcanzó cifras sin precedentes en las sociedades industrializadas, y amplios sectores de la población cayeron en la pobreza. Se multiplicaron las situaciones de marginación, los desahucios y la inseguridad económica, tanto en los Estados Unidos como en Europa. Esta situación generó una profunda desconfianza hacia las democracias liberales y los sistemas económicos tradicionales, favoreciendo la búsqueda de soluciones alternativas, incluyendo opciones autoritarias.

4.2. Las respuestas a la crisis: keynesianismo y New Deal

La profundidad y duración de la Gran Depresión pusieron en evidencia las limitaciones de las políticas económicas tradicionales basadas en el liberalismo clásico, que defendía la no intervención del Estado en la economía. La incapacidad de estas medidas para frenar el hundimiento económico favoreció la aparición de nuevas propuestas teóricas, entre las que destacó la formulada por el economista inglés **John Maynard Keynes**.

Keynes defendía que, en situaciones de crisis, el problema fundamental era la insuficiencia de la demanda, por lo que el Estado debía intervenir activamente para estimular el consumo y la inversión. Esto implicaba aumentar el gasto público, aunque supusiera incurrir en déficit, con el objetivo de reactivar la economía y reducir el paro. Estas ideas supusieron una ruptura con el pensamiento económico anterior y sentaron las bases de un nuevo modelo, en el que **el Estado asumía un papel central en la regulación del sistema capitalista**.

La aplicación práctica más significativa de estas teorías keynesianas tuvo lugar en los Estados Unidos bajo la presidencia de **Franklin D. Roosevelt**, quien, a partir de 1933, puso en

marcha un ambicioso programa de reformas conocido como “**New Deal**”. Este conjunto de medidas no constituía un plan único y coherente desde el inicio, sino más bien una serie de iniciativas que fueron evolucionando con el tiempo en respuesta a las necesidades de la crisis.

Uno de los objetivos principales del New Deal fue restaurar la confianza en el sistema financiero. Para ello, *el gobierno intervino en el sector bancario*, estableciendo mecanismos de control y garantía de los depósitos para evitar nuevas retiradas masivas de ahorros. Al mismo tiempo, se introdujeron regulaciones en la Bolsa para limitar la especulación y dotar de mayor estabilidad al sistema.

Otro eje fundamental fue la reactivación de la economía a través del *gasto público*. El Estado promovió grandes programas de obras públicas —construcción de carreteras, presas, infraestructuras eléctricas— que no solo modernizaron el país, sino que también generaron millones de empleos. De este modo, se trataba de romper el círculo vicioso de la crisis, aumentando los ingresos de las familias para estimular el consumo.

En el ámbito agrícola e industrial, el gobierno adoptó medidas destinadas a *controlar la producción y estabilizar los precios*, evitando así los efectos negativos de la sobreproducción. Al mismo tiempo, se impulsaron *políticas sociales* innovadoras para la época, como el establecimiento de un salario mínimo, la regulación de la jornada laboral y la creación de sistemas de protección frente al desempleo, la vejez o la invalidez.

El New Deal no consiguió por sí solo una recuperación completa de la economía estadounidense, ya que el paro siguió siendo elevado durante buena parte de la década de 1930, y los niveles de producción y empleo previos a la crisis no se recuperaron hasta la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, sí logró aliviar las condiciones de vida de la población, estabilizar el sistema económico y, sobre todo, transformar de manera duradera el papel del Estado, que pasó a ser un actor esencial en la vida económica y social.

La experiencia estadounidense sirvió además de referencia para otros países, que comenzaron a adoptar políticas intervencionistas similares. En conjunto, **la respuesta a la crisis de 1929 marcó el fin del capitalismo liberal clásico y el inicio de una nueva etapa caracterizada por una mayor presencia del Estado en la economía.**



5. El fascismo italiano

A pesar de formar parte de las potencias vencedoras de la Primera Guerra Mundial, Italia vivió la posguerra con una profunda sensación de frustración, conocida como la “victoria mutilada”, al no obtener todos los territorios que reclamaba. A esta decepción se sumaron problemas internos como inflación, paro, movilización obrera, ocupaciones de fábricas y tierras, o el temor creciente de las clases medias y altas a una revolución socialista similar a la de Rusia en 1917.

5.1. La aparición del fascismo y sus bases ideológicas

En esa Italia en crisis e inestable emergió la figura de **Benito Mussolini**, antiguo socialista que evolucionó hacia posiciones nacionalistas. En 1919 fundó los llamados *Fasci di combattimento*, unos grupos paramilitares compuestos en gran medida por excombatientes, uniformados con **camisas negras**, que empleaban la violencia contra organizaciones obreras y partidos de izquierda. En 1921 estos grupos cristalizaron en la creación del **Partido Nacional Fascista (PNF)**.

La **ideología fascista** se caracterizaba por un **fuerte nacionalismo**, entendido como la subordinación total del individuo a los intereses de la nación, que era concebida como una entidad superior con un destino histórico propio. En este sentido, **el Estado se convertía en el eje central de la vida** política y social, situándose por encima de los derechos individuales y asumiendo la función de dirigir todos los ámbitos de la sociedad.

El fascismo rechazaba tanto la democracia liberal (considerada débil, ineficaz y fuente de división) como el marxismo, al que veía como una amenaza revolucionaria que fragmentaba la unidad nacional. Frente a estas ideologías, el fascismo proponía una **concepción orgánica de la sociedad**, en la que esta era entendida como un cuerpo en el que cada grupo social cumplía una función determinada. Las diferencias de clase no debían dar lugar al conflicto, sino ser integradas y superadas a través de la colaboración bajo la dirección del Estado, lo que se tradujo en la creación de un **sistema corporativo** que limitaba la autonomía de los trabajadores y reforzaba el control político.

Otro elemento fundamental era la **exaltación de la violencia y de la acción** como instrumentos legítimos de transformación política, en oposición al debate parlamentario. La guerra y el conflicto eran vistos incluso como mecanismos de fortalecimiento de la nación.

Además, el fascismo se apoyaba en el **culto al líder** (encarnado en Benito Mussolini, el *Duce* o líder supremo), presentado como guía infalible del pueblo, y en una **intensa movilización**

de las masas a través de la propaganda, la educación y las organizaciones juveniles, con el objetivo de crear una **sociedad disciplinada, cohesionada e identificada con los valores del régimen.**

5.2. La construcción del fascismo italiano

AA comienzos de la década de 1920 la presencia política del fascismo en Italia fue incrementándose rápidamente, y su acceso al poder se produjo en 1922, con la **Marcha sobre Roma**, una demostración de fuerza de los “camisas negras” que, más que un golpe de Estado clásico, fue una maniobra de presión política. El rey Víctor Manuel III, temiendo un conflicto civil, decidió nombrar a Mussolini nuevo jefe de gobierno, que comenzó a aplicar paulatinamente sus políticas. En los primeros años, el fascismo mantuvo una apariencia de legalidad, pero progresivamente fue desmantelando el sistema liberal.



El proceso de instauración del sistema fascista se aceleró tras el asesinato del diputado socialista Giacomo Matteotti en 1924, que puso de manifiesto el carácter violento del nuevo régimen. A partir de entonces, Mussolini consolidó su poder: prohibió todos los partidos políticos excepto el PNF, eliminó las libertades civiles y estableció un **Estado totalitario**, en el que él, como Duce, concentraba toda la autoridad en sus manos. La existencia de la monarquía y los acuerdos firmados con la Iglesia (materializados en los **Pactos de Letrán** de 1929, que pusieron fin al prolongado conflicto entre Iglesia y Estado) permitieron dotar al régimen de cierta continuidad institucional y legitimidad social.

En el ámbito económico y social, el fascismo desarrolló una **política intervencionista** que buscaba combinar control estatal e iniciativa privada. El **sistema corporativo** pretendía organizar la economía en corporaciones que agrupaban a empresarios y trabajadores bajo supervisión estatal, con el objetivo de evitar conflictos sociales. Aunque en la práctica limitó los derechos laborales y favoreció a los sectores empresariales, contribuyó a una cierta **estabilidad**.

El régimen impulsó también políticas destinadas a reforzar la economía nacional, especialmente a partir de la crisis de 1929, orientándose hacia la **autarquía**. Se desarrollaron grandes **obras públicas** y **campañas agrarias** como la “batalla del trigo”, que buscaban aumentar la producción y reducir la dependencia exterior. Estas medidas, junto con la intervención estatal, permitieron una cierta recuperación económica y una reducción del paro, lo que reforzó el apoyo al régimen en determinados sectores.

Otro aspecto destacado fue la política demográfica. El fascismo **promovió el crecimiento de la población** mediante incentivos a la natalidad y una concepción tradicional del papel de la mujer, centrada en la maternidad y la familia, limitando su presencia en el ámbito laboral.

Con todo, estos logros tuvieron importantes contrapartidas. El régimen se basó en la **supresión de las libertades**, tanto mediante un control ideológico de la sociedad a través de la propaganda y la educación, como mediante la persecución de la oposición, papel en el que destacaba la OVRA, la policía política del Estado fascista italiano.

Además, su **política exterior agresiva** puso de manifiesto su carácter expansionista y contribuyó a la creciente tensión internacional. Durante el gobierno fascista se llevó a cabo la conquista de Etiopía, la intervención en la Guerra Civil Española y un intento de expansión en los Balcanes, donde Italia tenía numerosas ambiciones territoriales no satisfechas tras la Gran Guerra.

6. El nacionalsocialismo alemán

El nacionalsocialismo (habitualmente conocido como nazismo) surgió en Alemania en un contexto marcado por las consecuencias de la Primera Guerra Mundial y, sobre todo, por las condiciones impuestas por el Tratado de Versalles. La pérdida de territorios, las reparaciones económicas y la limitación militar fueron percibidas como una humillación nacional, alimentando un fuerte resentimiento. A esto se sumaron la inestabilidad política de la República de Weimar, la hiperinflación de los años veinte y, más tarde, el impacto devastador de la crisis de 1929, que provocó paro masivo y una profunda desconfianza hacia el sistema democrático.

6.1. La aparición del nacionalsocialismo y sus bases ideológicas

En este escenario emergió la figura de **Adolf Hitler**, un excombatiente de la Gran Guerra profundamente desencantado con su resultado. En 1919 se afilió al Partido de los Trabajadores Alemanes (DAP), una pequeña formación nacionalista, anticomunista y antisemita. Gracias a su

capacidad oratoria y a su carisma, pronto se convirtió en su principal líder, transformando el partido en el **Partido Nacional-Socialista Obrero Alemán (NSDAP)**, con una ideología más estructurada y un programa político ambicioso.

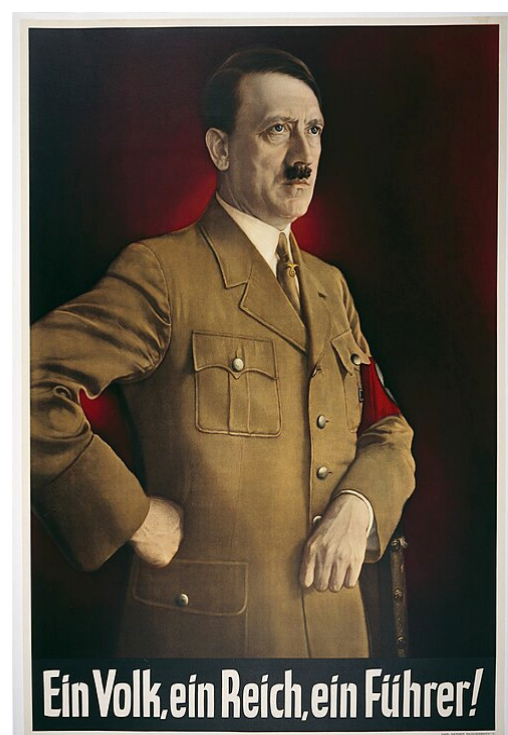
La **ideología nacionalsocialista** se basaba en un nacionalismo extremo que, a diferencia del fascismo italiano, incorporaba un **fuerte componente racial**. La nación no se definía solo por elementos culturales o históricos, sino biológicos: el pueblo alemán se identificaba con la **raza aria** (la “raza de los señores” o *Herrenvolk*, compuesta por los *Übermensch* o “hombres superiores”), considerada superior a todas las demás, como judíos, eslavos o gitanos.

Esta concepción racial implicaba la exclusión de quienes no pertenecían a esa comunidad, especialmente los **judíos, convertidos en el principal enemigo** de la patria y responsabilizados de problemas como la amenaza bolchevique, la crisis económica o la derrota en la Gran Guerra (de hecho, creían en la **leyenda de la “puñalada por la espalda”**, según la cual la derrota alemana se habría debido a la acción desde dentro del propio país de comunistas, socialistas, pacifistas y, sobre todo, judíos). Así, el antisemitismo pasó a ser un elemento clave en la época hitleriana.

Como en el fascismo, el nacionalsocialismo rechazaba la democracia liberal y el pluralismo político, considerados fuentes de división y debilidad. En su lugar, defendía un **Estado fuerte y autoritario**, que debía dirigir la sociedad en todos sus aspectos. No obstante, mientras en el fascismo italiano el Estado tenía un papel central como fin en sí mismo, en el nazismo este quedaba subordinado a la idea de pueblo y raza, convirtiéndose en un instrumento al servicio de la nación.

Relacionado con esto estaba otro concepto clave de esta ideología: la necesidad de **conseguir “espacio vital”** (*Lebensraum*) para la expansión de la raza aria y la creación de una Gran Alemania, un Estado fuerte y extenso que incluyera a todo el pueblo alemán. Este espacio debía lograrse mediante una expansión hacia el Este, por razones históricas y porque allí se encontraba el mayor enemigo ideológico, el comunismo.

Otro elemento fundamental del nacionalsocialismo era el liderazgo absoluto. El **“principio del Führer”** (*Führerprinzip*) establecía que todo el poder debía concentrarse en un **único líder, Adolf Hitler**, cuya autoridad era incuestionable. Esta concepción implicaba la eliminación de cualquier



forma de oposición y la **identificación total entre líder, Estado y pueblo**, reforzada mediante una intensa propaganda, cristalizada en el lema *Ein Volk, ein Reich, ein Führer* (“Un pueblo, un Imperio, un líder”).

En el plano social, el nacionalsocialismo pretendía construir una comunidad nacional cohesionada (*Volksgemeinschaft*), en la que desaparecieran los conflictos de clase en favor de una **unidad basada en la pertenencia racial y en la lealtad al régimen**. Para ello, se desarrollaron **organizaciones de encuadramiento de la población** (juventudes, sindicatos controlados, programas de ocio...) que buscaban integrar a los individuos en el proyecto colectivo. Al mismo tiempo, se promovía un **modelo tradicional de familia** y una **política demográfica** orientada a aumentar la población.

En cuanto a sus ideas económicas, el nacionalsocialismo adoptó una posición pragmática. **Sin abolir la propiedad privada ni el capitalismo, estableció un fuerte control estatal sobre la producción**, orientando la economía hacia los intereses del Estado. El objetivo era alcanzar la autosuficiencia (autarquía) y preparar el país para un futuro conflicto, lo que se tradujo en una intensa intervención pública, especialmente en el rearme y en las obras públicas. Como en el fascismo, se trataba de superar tanto el liberalismo económico como el marxismo, creando un modelo intermedio en el que el Estado ejercía una dirección decisiva.

6.2. La construcción del nacionalsocialismo alemán

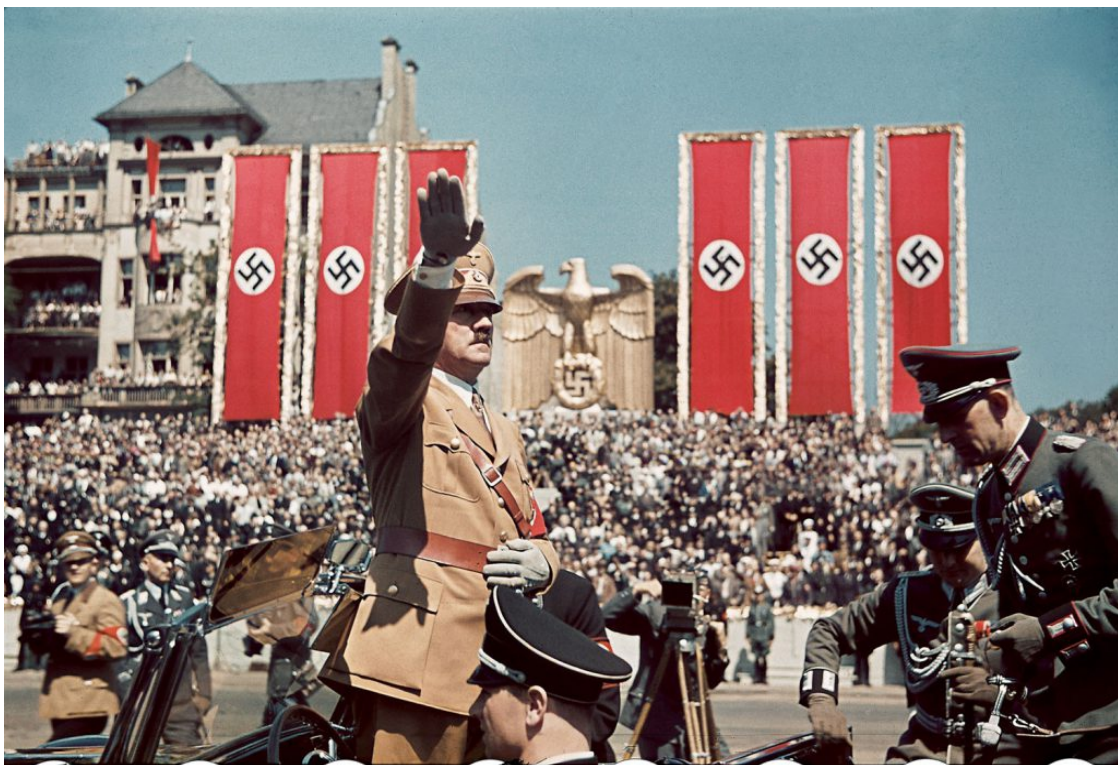
En un primer momento, Hitler y su NSDAP buscaban acceder al poder con rapidez, y fruto de ello fue un golpe de Estado en 1923, el conocido como *putsch de Múnich o putsch de la cervecería*. Tras el fracaso de este golpe, Hitler fue encarcelado, y durante este periodo redactó *Mein Kampf* (“Mi lucha”), obra en la que expuso los fundamentos de su pensamiento: nacionalismo extremo, racismo biológico, antisemitismo y necesidad de expansión territorial. La experiencia del fracaso le llevó a abandonar la vía insurreccional y apostar por una estrategia de acceso al poder a través de los mecanismos legales.

Una vez liberado, Hitler reorganizó el partido y reforzó su estructura, dotándolo de organizaciones paramilitares. Junto a las **SA (Sturmabteilung o Secciones de Asalto)**, creó las **SS (Schutzstaffel)**, inicialmente como su guardia personal, que acabarían convirtiéndose en un instrumento clave de control y represión dentro del régimen. Esta duplicidad le permitió también equilibrar el poder interno del movimiento.

La crisis de 1929 fue decisiva para el ascenso nacionalsocialista. El aumento del paro y el colapso económico provocaron una radicalización de la sociedad alemana, y en ese contexto el

NSDAP se presentó como una alternativa capaz de restaurar el orden, recuperar el orgullo nacional y superar la crisis. El apoyo creció rápidamente, especialmente entre las clases medias y altas, así como entre sectores empresariales temerosos de una posible revolución comunista, lo que permitió una amplia victoria en las elecciones al Reichstag, tras la cual **Adolf Hitler fue nombrado canciller en 1933**.

A partir de ese momento, el proceso de concentración de poder fue rápido. El incendio del Reichstag, del que se culpó a los comunistas del KPD, le sirvió como excusa para ilegalizar todos los partidos políticos excepto el NSDAP, suspender los derechos fundamentales y transformar Alemania en un **Estado totalitario**, en el que la sociedad quedaba sometida a un intenso control político, ideológico y cultural. Asimismo, la muerte del presidente Paul von Hindenburg permitió a Hitler proclamarse **Führer**, unificando en su persona la jefatura del Estado y del gobierno. Nacía así oficialmente el **Tercer Reich** alemán.



El nuevo gobierno nacionalsocialista comenzó a desarrollar una **política claramente intervencionista**, acompañada de un refuerzo progresivo del control político sobre la sociedad. A través de la eliminación de la oposición, la centralización del poder y el uso de **organismos represivos como la Gestapo**, el régimen aseguró una disciplina social que facilitó la aplicación de sus medidas económicas.

En este contexto, el Estado impulsó **grandes programas de obras públicas**, entre los que destacó la construcción de la red de autopistas (*Autobahn*), que contribuyó a la modernización de las infraestructuras y a la reducción del paro. A ello se sumó un intenso **programa de rearme** para

fortalecer la *Wehrmacht*, que estimuló la industria pesada y favoreció un notable crecimiento económico: el desempleo pasó de alrededor de 6 millones de personas en 1933 a menos de 1 millón a finales de la década, mientras la producción industrial experimentó un fuerte incremento.

Además, el régimen promovió **iniciativas destinadas a mejorar la integración social y el bienestar de la mayoría de la población**. La organización KdF (*Kraft durch Freude* o “Fuerza a través de la Alegría”) desarrolló programas de ocio, vacaciones y acceso a bienes de consumo, entre los que destacó el proyecto del “coche del pueblo” (*Volkswagen*).

En el plano social y cultural, el nazismo buscó crear una comunidad nacional cohesionada, basada en la unidad racial y en la lealtad al Estado. La educación, la juventud y la cultura fueron instrumentos fundamentales en este proceso, sometido a un estricto control ideológico. La arte y la cultura quedaron sometidas a las directrices del régimen, que promovió un estilo acorde con sus valores y persiguió las vanguardias, consideradas “arte degenerado”.

Paralelamente, el régimen desarrolló una **política racial** sistemática. Esta se materializó en medidas legales como las **Leyes de Núremberg** (1935), que privaban a los judíos de la ciudadanía y prohibían los matrimonios mixtos, iniciando un proceso de exclusión progresiva de la vida económica y social. Estas políticas reflejaban el carácter profundamente discriminatorio del sistema y constituyeron la base de una persecución que se intensificaría en los años siguientes.

La **propaganda** desempeñó un papel central en la consolidación del Tercer Reich. Dirigida por figuras como Hermann Göring y difundida también a través del cine por directoras como Leni Riefenstahl, contribuyó a construir una imagen idealizada del régimen y a movilizar a la población en torno al proyecto nacionalsocialista.

En **política exterior**, el Tercer Reich desarrolló una estrategia claramente **expansionista**, coherente con la idea de *Lebensraum*. El primer paso fue la retirada de Alemania de la Sociedad de Naciones, así como el rechazo del Tratado de Versalles y sus acuerdos.

En 1935, la región del **Sarre** se reincorporó a Alemania tras un referéndum, en el que la anexión al Reich fue ampliamente respaldada en las urnas. En 1938 se produjo el **Anschluss**, es decir, la **anexión de Austria**, uno de los principales objetivos de Hitler. A esta expansión le siguió, ese mismo año, la **incorporación de los Sudetes**, una región de mayoría alemana dentro de Checoslovaquia (lo que implicó en la práctica la desaparición de este país, pues Eslovaquia se convirtió en un Estado independiente, pero alineado con el Reich, y Bohemia-Moravia en un protectorado alemán).

El aumento de las tensiones y el riesgo de una escalada llevó a los **Acuerdos de Múnich** (1938) entre Alemania y las potencias europeas, especialmente Francia y el Reino Unido, que

reconocieron las ganancias territoriales alemanas a cambio de que estas se detuvieran. Posteriormente, y por sorpresa, Alemania firmó el **Pacto Ribbentrop-Molotov** con la Unión Soviética, que incluía cláusulas secretas de reparto territorial en Europa del Este. Finalmente, la **invasión de Polonia** el 1 de septiembre de 1939 provocó el **estallido de la Segunda Guerra Mundial**.